

ESCALAS

DE VALOR

*Delirio por la cuantificación
y las jerarquías.
Caminos hacia la eugenesia*

Orosia García Gil

**Ecología Humana:
Poblaciones Humanas Actuales**

La realidad supera la ficción

En el transcurso de la realización de este trabajo, y antes de empezar a perderme en los entresijos de la historia de la concepción evolutiva, ha resultado necesario replantearme y revalorar una serie de principios preconcebidos casi innatamente podríamos decir. Uno de ellos se enclava en la comprensión de que muchos de los libros que había leído en mis años de adolescencia (en concreto los enmarcados en la ciencia-ficción), todos muestran el mismo patrón: civilizaciones utópicas, futuristas, momentos críticos que ponen en peligro el equilibrio mundial, control gubernamental de la población incluyendo, en un gran número de ellos, sociedades establecidas y asentadas según unos patrones fundamentos en prácticas eugenésicas reguladas por el gobierno.

Los ejemplos destacados coinciden en ser los primeros que cayeron en mis manos (posiblemente por ser los más conocidos) entre los que se incluyen *1984*, *Un mundo feliz*, *Mundo Anillo*, *Fahrenheit 451*, *El Juego de Ender*, y así una larga lista. (Tengo que admitir que mi máximo derroche y debilidad se enfoca en la adquisición de libros y comics).

Cuando leí estos libros no era consciente de lo que significaba el planteamiento de poblaciones con éstas estructuras sociales (no todas plantean sociedades plenamente eugenésicas pero sí con un marcado control poblacional), no sabía ni siquiera la existencia de prácticas eugenésicas, la selección de matrimonios para el “bien común”, la subdivisión del trabajo en grupos según las capacidades de cada individuo, preestablecidas en muchos casos desde el nacimiento (y por tanto innatas y hereditarias). Desconocía la magnitud y transcendencia real de la *eugenesia*.

Dentro de esta recapitulación hay un libro en concreto que me ha hecho reflexionar a conciencia. Su escritora es española, Lucía Baquedano, y el libro se incluyó como lectura obligatoria del curso cuando estudiaba 1º de ESO (está clasificado dentro de una franja de edad recomendada de 9 a 12 años). El nombre del libro: *Los bonsáis gigantes*, y durante algunos años estuvo incluido dentro de mis lecturas favoritas.

Plantea una humanidad hacinada en tres islas, aislados sin alternativas del resto del mundo por una serie de catástrofes, condenados al exilio como única opción de sobrevivir. La evolución de la tecnología ha crecido de una forma exponencial, alcanzándose incluso la inmortalidad por medio de las mejoras médicas. Los matrimonios se establecen por medio de un programa específico que determina qué individuo es la persona que mejor se complementa de la sociedad. La educación es específica según las capacidades individuales. ¡Y no hay libros! (Esto realmente me traumatizaría). La protagonista se rebela y descubre que es posible escapar de ésta sociedad perfecta.

En realidad el mundo que plantea no dista demasiado del mundo en el que vivimos en la actualidad. Tenemos la capacidad de elegir qué camino escogemos porque aún no es demasiado tarde para nosotros, o eso espero.

Después de este peculiar inciso, es hora de comenzar con el trabajo.

Introducción

La Eugenesia en este trabajo está planteada como la solución común a muchos de los planteamientos surgidos de las interpretaciones entorno a la evolución del hombre como especie. Empezando por las clasificaciones y el establecimiento de jerarquías, los hombres establecieron una ordenación de los individuos otorgando un valor a los diferentes estratos. El hombre europeo blanco conformaba la máxima perfección y la posición más alta en la jerarquía.

Con la aparición de las teorías evolutivas, y en concreto la teoría de Darwin, comenzó la aplicación del denominado determinismo biológico y las posibilidades de dirigir la sociedad hacia una evolución siempre en escala ascendente. La cuantificación de las diferencias plantea el interrogante de si las investigaciones están influenciadas con unos prejuicios (raciales) asentados de antemano.

Si todas las teorías parten de unas ideologías y por medio de la investigación se busca justificarlas, nos encontramos ante un gran problema. Todo es falso, distorsionado e interpretable desde el punto de vista que cada cual escoja inicialmente.

Orígenes de la población

En los tiempos de la Antigua Grecia y Roma, la población no se entendía como el agregado abstracto moderno. Cuando Platón y Aristóteles hablaban de la reproducción de individuos, lo hacían en referencia a grupos sociales concretos, considerando que la única categoría social con privilegios dentro del ámbito sociopolítico eran los llamados *civis* (ciudadanos). La desigualdad estaba decretada desde el nacimiento en base a la familia y la religión. En los orígenes de éstas sociedades la *civis* estaba representada por los *patricios* sin considerar al resto de la sociedad, situación que siguió vigente hasta que la *plebe* obtuvo la igualdad de derechos ya en tiempos de la República. (Canales A 2001)

Aprovechando esta pequeña y rápida aproximación histórica cabe mencionar un texto legal promulgado en el año 449 a.C., que recoge las normativas que regían la convivencia del pueblo romano, “*la Ley de las XII Tablas*”. Entre las diferentes normativas se encuentra “*La tabla XI*” que establecía “la prohibición del *connubium*” (matrimonio desde el punto de vista jurídico entre patricios y plebeyos). Ésta ley quedará anulada tras una serie de levantamientos populares que propiciaron la implantación de la “*Lex Canuleia*”, y la permisión, ahora sí, del libre matrimonio, que propició el establecimiento de un nuevo grupo social, los *caballeros*, descendientes de patricios y plebeyos.

¿Qué tiene de novedoso la prohibición de uniones matrimoniales en una sociedad con una marcada segregación en privilegiados y no privilegiados? La importancia recae en una imposición activa en contra de la “mezcla” de los diferentes grupos de clases, para mantener el orden jerárquico según las cualidades innatas de los individuos, basado en un miedo hacia la posible decadencia de la sociedad.

Como señala S. J. Gould en su libro *La falsa medida del hombre*, en la República de Platón en un dialogo entre Sócrates y Glaucón, Sócrates aconsejaba educar a los ciudadanos y dotarles con funciones concretas de acuerdo a una jerarquía (gobernantes, ayudantes y artesanos). Para lograr una sociedad estable consideraba necesario la aceptación y el mantenimiento de ésta jerarquía, aceptando cada ciudadano la posición que le corresponde. Para ello elaboró el siguiente discurso:

<< Sois hermanos todos cuantos habitáis en la ciudad –les diremos, siguiendo con la fábula–; pero, al formaros los dioses, hicieron entrar oro en la composición de los capacitados para mandar, por lo cual valen más que ninguno; plata, en la de los auxiliares; y bronce y hierro, en la de los labradores y demás artesanos. Todos procedéis del mismo origen, aunque generalmente ocurra que cada clase de ciudadanos engendre hijos semejantes a ellos, (...) según un oráculo, la ciudad perecerá cuando la custodia del Estado esté en manos de un hombre de hierro o de bronce. –He aquí la fábula. ¿Puedes sugerirme algún procedimiento para que se la crean?

–Ninguno –respondió–, al menos por lo que corresponde a la generación actual. Pero sí podrían llegar a asumirla sus hijos, los sucesores de éstos y los demás hombres del futuro. >>

Platón, apoyándose en la dialéctica, se valió de las cualidades innata considerándolas hereditarias, para establecer y perpetuar una jerarquía por el bien común de la ciudad. Una fábula repetida de forma reiterada en la historia de Occidente y justificada por diferentes procedimientos científicos, desde el siempre principio común del *determinismo biológico o racial*, que como el propio Gould define, *consiste en afirmar que tanto las normas de conducta comunes como las diferencias sociales y económicas existentes en los grupos* (básicamente diferencias de clase, raza y sexo) *derivan de ciertas distinciones heredadas, innatas, siendo la sociedad en este sentido un reflejo fiel a la biología.*

Actualmente los genes han sustituido a los metales bajo la misma afirmación básica: los papeles sociales y económicos de las personas son un fiel reflejo de su constitución innata, con la diferencia de que Sócrates en su discurso sabía que estaba mintiendo. (Golud SJ 1981, pp. 55 – 57)

Tanto en la Edad Media como en la antigua Grecia y Roma (y en general se puede extrapolar al común de las sociedades premodernas) el pueblo no incluye a todos los habitantes, la preocupación de la población sólo se centra en determinados individuos, los privilegiados.

Al no existir un único grupo abstracto unificador de la población, a cada grupo social le corresponde una categoría conceptual. Esto es lo que cambiará en la era moderna a partir del liberalismo y el pensamiento de la Ilustración de los siglos XVII y XVIII. (Canales A 2001)

Clasificaciones versus Jerarquías

Las *clasificaciones* humanas proponen agrupar la variación observable, de forma objetiva, mediante el uso de la razón. La *jerarquía* se define como la ordenación de elementos según un valor otorgado o de los diferentes grados de organización. Una clasificación no implica establecer un orden jerárquico, pero toda jerarquía asume una clasificación previa a la que se le otorgan diferentes valores. (Gould SJ 1981, pp. 179)

Karl Linneo a mediados del siglo XVIII, construye una clasificación no jerárquica de la especie humana, dividiéndola en seis razas, dos de las cuales dado su carácter fantástico y secundario son olvidadas rápidamente. Partiendo de un criterio geográfico y fenotípico estableció *categorías*, a las que adjudicó aspectos comportamentales (de temperamento y posturas), constituyendo de esta forma los siguientes grupos: *Homo sapiens europeus*, *Homo sapiens americanus*, *Homo sapiens afer*, *Homo sapiens asiaticus*. Esta división será utilizada en posteriores clasificaciones y (aun considerando que los adjetivos con los que definía las categorías conllevan una apreciación calificativa) no pretendía, en apariencia, establecer una escala de valor, pero sí que instaurará el camino para posteriores jerarquizaciones de los grupos humanos y el establecimiento de razas. De esta forma el anatomista alemán Johann F. Blumenbach realizó en 1776 unas ligeras modificaciones a partir de la clasificación propuesta por Linneo. Renombró las categorías como *variedades* e incorporó una quinta variedad, conformando así: *la variedad caucásica*, *la americana*, *mongólica*, *etíópica* y *malaya*. El cambio más relevante es la imposición de una jerarquía desde un ideal básico **creado**, la variedad caucásica, considerando las demás variaciones como desviaciones negativas a partir de ésta, en una escala ascendente de perfección. (Lipko P y di Pasquo F 2008) Debo señalar que no voy a hacer distinciones entre los planteamientos religiosos. Si bien la religión por sí misma es capaz de mantener una estructura jerárquica con más fuerza que cualquier argumentación científica.

El término “raza”, según podemos consultar en el libro “*Para comprender la Antropología Biológica*”, deriva probablemente del árabe “*ras*”, que significa cabeza, origen y descendencia. El término fue utilizado desde finales del siglo XIV en el sur de España y a partir del siglo XVI en Francia y Alemania. Durante el siglo XVIII ésta jerarquía racial se naturalizó y consolidó la aceptación popular de la existencia de razas humanas. A partir de entonces las investigaciones se enfocarán en la justificación de estas premisas de jerarquización, invocadas desde la razón o naturaleza del universo, presentándolas como justas e inevitables.

Aunque el perjuicio racial sea tan antiguo como la historia humana conocida, su justificación biológica supuso para los grupos despreciados la carga adicional de la inferioridad intrínseca, eliminando la posibilidad de una posible conversión y asimilación. (Gould SJ 1981, pp. 72)

Determinismo biológico

Los deterministas han invocado a menudo el tradicional prestigio de la ciencia como conocimiento objetivo, a salvo de cualquier tipo de corrupción social y política. Se identifican como portadores de la cruel verdad y sus oponentes como personas sentimentales, ideológicos y soñadores. El determinismo será de una evidente utilidad para los grupos dirigentes.

Una de las mayores falacias dentro del ámbito del determinismo biológico, es la gradación o tendencia a ordenar la variación compleja en una escala graduada ascendente, con criterios que asignan a cada individuo una posición concreta dentro de la escala única. La cuantificación y uso de los números para clasificar a las personas en una sola escala de méritos.

La gradación se ha justificado a lo largo de los dos últimos siglos desde diferentes posiciones. En el siglo XIX, la ciencia numérica en la que se apoyó el determinismo biológico fue la craneometría, la anatomía humana tratada cuantitativamente y con los dos casos típicos como consecuencias del determinismo: la teoría de recapitulación, como criterio básico para la gradación unilineal de los grupos humanos; y la explicación de la conducta criminal por atavismo biológico como rasgos simiescos (reaparición de caracteres arcaicos y propios de salvajes). En el siglo XX, los test de inteligencia desempeñan la misma función que previamente realizó la craneometría un siglo antes, siendo la inteligencia algo innata, heredable y medible. Y actualmente el determinismo se concentra en la máxima de que todo está en los genes.

El resurgimiento del interés por estos temas no deriva de la existencia de nuevos datos, sino de la vigencia de prejuicios latentes.

Según la mística de la ciencia, los números constituyen la máxima prueba de objetividad. Si las diferencias se expresan en números incuestionables, obtenidos mediante procedimientos rigurosos y normalizados, entonces tienen que reflejar inevitablemente la realidad (aunque, por casualidades de la vida, confirmen lo que deseábamos creer desde el principio). La incidencia *a priori* de prejuicios guió a los científicos hacia conclusiones incorrectas distorsionando, en ocasiones, la recolección de datos. Hay fraudes deliberados y fraudes supuestamente inconscientes de científicos que creyeron que buscaban la verdad immaculada (Samuel George Morton y su jerarquía según el tamaño del cerebro excluyendo y eligiendo cráneos, con subjetividad en los procedimientos, errores de cálculo y redondeo; Paul Broca y la craneología; Lombroso con el atavismo y la criminalidad...).

Por todo ello, las primeras teorías cuantitativas sugieren plantearnos si la introducción del análisis de estos datos impulsó las argumentaciones jerárquicas o si la opción *a priori* a favor de dicha jerarquización fue quien moldeó las preguntas científicas y encauzó las investigaciones para justificarlas.

Durante los siglos XVIII y XIX, con las ideas imperantes acerca de raza no había dudas en las clases dirigentes e intelectuales acerca la jerarquía racial. En palabras del propio Darwin en *El Origen del Hombre* <<las ventajas notables que los Ingleses han tenido como colonizadores sobre las demás naciones europeas, la superioridad demostrada (...) se ha atribuido a su energía emprendedora y audaz. (...) La opinión de que los maravillosos progresos de los Estados Unidos, son los resultados de la selección natural de los hombres más atrevidos, enérgicos y emprendedores de todos los puntos de Europa, que durante las diez o doce últimas generaciones han emigrado a ese gran país, prosperando rápidamente en él, es bastante verosímil>> (Darwin CR 1880, pp. 126). Solo hace falta recordar las películas de indios y vaqueros para contemplar esta imagen, que enfocadas desde el punto de vista anglosajón, nos ofrecen esta peculiar (por no decir ridícula) forma de presentar a los indígenas o a los procedentes de antiguos dominios hispanos.

A pesar del proteccionismo y la tendencia a enaltecer y mitificar la figura de Darwin, sería sorprendente que hubiera sido prácticamente el único entre sus contemporáneos que no se rindieran al determinismo racial.

Después de esta muestra de exaltación del orgullo patrio, Darwin vuelve a deleitarnos continuando en el mismo párrafo <<por oscuro que sea el problema de la civilización, podemos ver que una nación que, durante un largo periodo, ha producido mayor cantidad de hombres de elevada inteligencia, enérgicos, bravos, patriotas y humanitarios, prevalecerá en general sobre las menos civilizadas>> (Léase en la versión inglesa *less favoured nations*, traducción que distorsiona ligeramente y equipara “nación menos civilizada” como “menos favorecida”). (Darwin CR 1880, pp.126)

El hecho de que los científicos aprobaran de forma tajante las jerarquías establecidas no se debió al estudio de datos objetivos recogidos para resolver un problema sujeto a discusión, sino por compartir determinadas creencias sociales e interpretarlas como si fueran independientes del contexto político. Parten de la premisa biológica, para ellos incuestionable, como expone Louis Agassiz (gran defensor del fijismo en EEUU y férreo opositor de la teoría evolutiva de Darwin), que “*en la Tierra existen diferentes razas de hombres, que habitan en diferentes partes de la superficie y tiene características físicas diferentes*”. Este hecho es el que impone la necesidad determinar la jerarquía relativa entre dichas razas desde el punto de vista científico (diferencias geográficas y diferencias fenotípicas). *Los negros*, declara Agassiz, *deben ocupar el eslabón más bajo en cualquier jerarquía objetiva*, y defendiendo la aplicación de una política social específica, con una educación adaptada a las habilidades innatas, adiestrando a los negros para el trabajo manual y los blancos para el intelectual. El vigor de la raza blanca dependerá de su aislamiento. (Gould SJ 1981, pp. 92 – 95)

Cuantificación desmedida

Con el liberalismo se promulgaron los ideales de igualdad, sin privilegios ni distinciones aplicado a todos los hombres, estableciendo la igualdad de derechos y facultades políticas, económicas y sociales. El individuo es concebido como una entidad que elimina las diferencias y unifica la población. La categoría de *población* ya no designa al acto de poblar para representar al conjunto de los habitantes, se anula la diversidad social e histórica propia de cada grupo y cada individuo, y resurge transformada en un concepto político e ideológico.

En el pensamiento demográfico el individuo actúa como unidad de agregación, a la vez que para la cuantificación de la diversidad se buscan y crean diferencias enmascaradas tras los números. La paradoja indica que mientras eliminamos las diferencias y proclamamos la igualdad, las investigaciones se centran en buscar diferencias y cuantificarlas, en establecer correlaciones para derivarlas en ordenaciones y jerarquías. (Canales A 2001)

La primera expresión formal de la cuantificación enfocada a la reproducción humana y sus dimensiones sociales viene planteada por Thomas Robert Malthus hacia finales del siglo XVIII, sin ser realmente el primer pensador en aplicar términos cuantitativos a los estudios de la población.

A finales del siglo XVI, comienzos del XVII, surge lo que se denominó *Aritmética política*, la construcción de una ciencia social con base en principios físicos, con la aplicación de técnicas contables y de cálculo a los seres humanos (surgida de las tesis de Condorcet, Petty, Bacon y otros). Sin considerar la dinámica de la población o los niveles y tendencias de reproducción como objeto de investigación ni de preocupación intelectual o científica. (Canales A 2001)

Malthus, por su parte, eleva la población a objeto de investigación haciendo de la reproducción, una cuestión social e intelectual. Muestra interés por las causas y efectos del crecimiento, de la cantidad de población, así como de los frenos que impiden “la evolución de la humanidad hacia la felicidad”. Mantiene una visión pesimista de perpetua miseria, como resultado de la lucha por la supervivencia. Su *Ensayo sobre el principio de población (1798)* se encarga de refutar la fe que la Ilustración establecía al progreso, haciendo constar su desilusión hacia la doctrina de la perfectibilidad y el miedo a una degradación social. Fundamentará su tesis en términos de diferencias de capacidad de crecimiento entre población y recursos. El pensamiento de Malthus plantea qué <<La capacidad de crecimiento de la población rebasa con mucho a la capacidad de crecimiento de los recursos materiales para dar alimento y sustentar la reproducción económica y social de dicha población>> Argumenta que mientras la población se reproduce en tasas geométricas, los alimentos y recursos lo hacen a tasas aritméticas.

En base a estas publicaciones de Malthus, Darwin encontró su inspiración, pero al contrario que Malthus, Darwin será partidario del progreso evolutivo, y sus miedos por la población no serán por la falta de capacidad de crecimiento según escasez de recursos, sino como contrariado ante la idea de que el progreso del hombre no logre realizarse al nivel más alto, y en referencia a ello podemos leer en el *Origen del Hombre*: <<Cuando vemos en muchas partes del globo, inmensas superficies de fertilísimo suelo pobladas tan solo por algunos salvajes nómadas, cuando en ellas encontrarían como albergue y alimento numerosas familias, podría argüirse que la lucha por la vida no se ha cumplido con todo el rigor necesario para impulsar al hombre hacia adelante e impulsarle su valor más elevado.>> (Darwin CR 1880, pp. 127)

Darwin. Origen del Hombre

Según la teoría de Darwin, las especies (el hombre incluido) evolucionan por selección natural, donde los más aptos sobreviven. Los rasgos adaptativos confieren ventajas, que permiten a sus portadores sobrevivir más y se traduce en una reproducción diferencial, siendo los rasgos heredados por los descendientes, y la fábula de siempre. Esto significa un *desarrollo gradual* hacia una especie biológicamente superior, *en orden ascendente* partiendo de especies que considera inferiores y más simples.

Es frecuente encontrar referencias sobre la neutralidad de Darwin y de sus escritos desvinculándolos de cualquier influencia ideológica (en realidad es frecuente encontrar justificaciones para cualquier argumento que pueda generar polémica). Al respecto de esta declaración, Marvin Harris en su libro *El desarrollo de la teoría antropológica*, se encarga de señalar que al atribuir el propio Darwin la inspiración de sus ideas a la lectura de la obra de Malthus, difícilmente podría no ser consciente de las implicaciones de más largo alcance de la “lucha por la vida”.

Darwin aceptaba la ideología del progreso a través de la lucha por la supervivencia. Resulta obvia la analogía entre su concepto de evolución biológica (señalando que en realidad el término *evolución* lo incorporará en la quinta edición del *Origen de las Especies* tras ser utilizado anteriormente por Herbert Spencer) y el progreso en un sentido liberal clásico, entendidas como un proceso continuo de mejoramiento. Pero el concepto de evolución tal como él lo plantea, conlleva varios aspectos. Por un lado plantea *la direccionalidad de la evolución* en una secuencia ordenada de pasos; pero los individuos no son fijos ni inmutables según dictan las doctrinas sobre las que nos aleccionan (aunque el discurso original de Darwin sea marcadamente confuso y variable, tanto a lo largo de su carrera, como a lo largo de sus obras mismas, pero recordemos que la imagen y conceptos que nos llegan entorno a su figura han sido pulidos y seleccionados hasta el extremo casi de la glorificación) y al igual que podemos rastrear el ascenso de las especies, también puede darse su declinación y caída como puede interpretarse de los antiguos imperios y civilizaciones que sucumbieron, todo

enmarcado en una *terrible lucha eterna*, en ésta visión de la vida que se empeñan en establecer como “natural”. La selección natural regresiva sería tan viable como la progresiva. Por otro lado su planteamiento también permite la existencia de una unidad de medida universal con la que comparar los diferentes organismos o los fenómenos evolutivos. De esta forma *cuantificando* las diferencias, se podría determinar qué organismos pueden ser seleccionados (Yáñez Canal J 2004).

De aquí a la selección de los caracteres y la dirección de la evolución, tal como Darwin había observado en los animales domésticos, hay un paso bastante más pequeño (si en realidad existió) de lo que la comunidad científica se niega a aceptar. A modo de ejemplo se puede citar: <<*El agricultor que quiere producir una raza animal particular, para lograrlo escoge cuidadosa y perseverantemente entre todo el rebaño los ejemplares destinándolos única y exclusivamente para la reproducción, y entre los productos, se escoge sólo los que más se distinguen por la cualidad deseada*>> (Darwin CR 1880, pp. 14). La teoría por la cual el hombre elige las propiedades para crear nuevas formas se conoce como *Selección Artificial*. Debido al miedo que el hombre no evolucione progresivamente como debiera si fuera de la mano de la selección natural, y dado que la selección sexual puede favorecer una mayor reproducción de aquellos que no son deseables, convendría encauzar la evolución colaborando artificialmente. Estas prácticas se llevarán a cabo con diversas medidas en lo que se denominará *Eugenesia*. El llamado padre de la criatura podemos encontrarlos en la propia familia de Darwin, su primo Francis Galton.

La cuantificación era el Dios de Galton, apunta Gould en *“La falsa medida del hombre”* (Gould SJ 1981, pp. 131). Todo podía medirse, y todo lo medible debía tener un carácter hereditario. En 1883 acuñó el término de “Eugenesia” y abogó por la regulación del matrimonio y del tamaño de la familia de acuerdo con el patrimonio hereditario de los padres. Galton sostenía que la eugenesia era la aplicación práctica del darwinismo teórico. Su temor se centraba, nuevamente, en qué las aptitudes intelectuales, necesarias para impulsar el progreso de la civilización, estuvieran mal distribuidas y que el crecimiento de la población en las ciudades inglesas atentara contra ellas. El crecimiento demográfico normal se había convertido en una forma de selección natural negativa. La eugenesia corregiría la degradación cooperando con el funcionamiento de la naturaleza, garantizando que la humanidad esté representada por las razas más aptas. Aquello que la naturaleza hace a ciegas, despacio y cruelmente, el hombre puede hacerlo dirigida, rápida y benignamente.

Estos problemas también inquietaban a Darwin, como podemos interpretar de algunos extractos de *El Origen del Hombre*:

<<*Los hombres civilizados nos esforzamos en detener la marcha de la eliminación; construimos asilos para idiotas y enfermos, legislamos sobre la mendicidad, y nuestros médicos apelan a toda su ciencia para conservar el mayor tiempo posible la vida de cada individuo. (...) Aprovechando tales medios, los miembros débiles de las sociedades civilizadas propagan su especie. Cuantos se han ocupado en la reproducción de los animales domésticos pueden calcular lo perjudicial que debe ser esto último a la raza humana. (...) nadie es tan ignorante que permita que se reproduzcan sus animales más defectuosos*>>. (Darwin CR 1880, pp. 118)

<<Debemos admitir sin protestar, los malos efectos que resultan de la supervivencia y de la propagación de los individuos enfermizos, toda vez que los atenúa la circunstancia de que los miembros demasiado débiles e inferiores de la sociedad se casan menos fácilmente que los sanos. Este freno podría llegar a tener una eficacia real, si los débiles se abstuvieran de contraer matrimonio>> para concluir matizando << más de desear que de esperar>>. (Darwin CR 1880, pp. 118 – 119)

<<Los malhechores son ejecutados o bien encarcelados mucho tiempo, lo cual les impide transmitir libremente sus malas cualidades. Los locos y los hipocondríacos o viven en reclusión, o acaban muchas veces por suicidarse. Los hombres pendencieros y de carácter violento encuentran a menudo una temprana muerte.(...) En la reproducción de los animales domésticos, la eliminación de los individuos que son decididamente inferiores, constituye uno de los mayores elementos de éxito>>. (Darwin CR 1880, pp. 121)

No es mi intención sacar sus afirmaciones fuera de contexto. El paralelismo entre elección de animales domésticos con las ideas en beneficio de una reproducción diferencial de los mejores hombres la construye y expone él mismo. Solo me limito a agrupar sus comentarios, que realmente abundan en su libro. Si esto no convierte a Darwin en un ideólogo de las prácticas eugenésicas, quizás el análisis de su árbol genealógico y las continuas tendencias a casamientos entre miembros de su propia familia ayuden a esclarecer su animadversión del declinar de la especie por culpa de los individuos inferiores. (Él mismo estaba casado con una prima hermana, y varios de sus diez hijos sufrieron enfermedades por la consanguineidad que él mismo sospechaba que sufría.)

El pensamiento progresista ha estado contenido desde sus inicios en buena parte de los teóricos evolucionistas y en sus desarrollos más significativos. Thomas Henry Huxley y Herbert Spencer ayudaron a popularizar este progreso, otorgando un fundamento “natural” al progreso evolutivo, a la libre competencia y al desarrollo como lucha por la supervivencia. El determinismo racial fue la forma que la antropología tomó para mantener un papel activo y positivo en el mantenimiento de la difusión de la sociedad capitalista, la elevación de ideales antiguos a una dignidad científica para probar que la supremacía de un pueblo sobre otro era el resultado inevitable de las leyes del universo.

Las diferencias y semejanzas socioculturales entre poblaciones son variables dependientes de las tendencias y actitudes hereditarias exclusivas de cada grupo. Las explicaciones racistas suponen una correlación entre los caracteres hereditarios y las formas de conducta. (Yáñez Canal J 2004).

La decadencia, la otra cara de la moneda

El medio ambiente puede causar graves daños al interferir en la normal competencia de los recursos y las parejas deseables, o al impedir que los mejores especímenes pasen a primer plano. Esto se hace especialmente patente en la sociedad humana porque introduce nuevos elementos artificiales en la ecuación evolutiva. (Herman A 1998, pp. 119)

En otra línea de pensamiento, una corriente de biólogos del siglo XIX sugieren la existencia de un cerebro bestial dentro del hombre, permitiendo identificar el salvajismo en la civilización. Para referirse a esta supervivencia bestial, hablaban del “atavismo” de la palabra latina *atāvus*, antepasado remoto. Afirmar que todo organismo posee características “perdidas” que pueden, en determinadas condiciones, reaparecer transmitiéndolas a su descendencia. Esta teoría atavista es predarwinista, pero la evolución darwiniana parece confirmarla.

Por otro lado, en 1855, el conde Arthur de Gobineau publicó su “*Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*” donde desarrolla la teoría según la cual la civilización se desarrolla y se aniquila en proporción a la pureza de “*sangre aria*”. Esta obra es el producto de la defensa de la aristocracia francesa y del feudalismo, que pierde poder contra la democracia y el igualitarismo (Sussane C, Rebato E, Deligne J 2003, pp. 658). Gobineau había utilizado el término degeneración para referirse a los términos de mezcla racial; según sus planteamientos, el hombre moderno era un degenerado debido al cruce entre arios y humanos menos vitales. La degeneración planteaba la posibilidad de que la sociedad industrial estuviera creando un nuevo bárbaro interior. Las transformaciones sociales y económicas en la civilización moderna ya no constituían progreso, sino lo contrario. La sociedad moderna no podía sobrevivir sin la intervención de la ciencia moderna y el estado burocrático. (Herman A 1998, pp. 117)

El proceso de la herencia podría obrar súbita e inexplicablemente contra los intereses de la especie. La selección natural se convertiría en una trampa, y los peores se reproducirían creando descendientes peores, disolviendo de forma atávica a la raza humana.

El pesimismo racial de Gobineau no influyó sobre la teoría de la degeneración al menos inicialmente. Pero el darwinismo y la teoría de la degeneración dieron por tierra con la noción de que la civilización pudiera servir como un proceso de refinamiento y mejora de la especie. Es la misma concepción de la idea del progreso, pero enfocado desde el punto de vista del miedo a un inevitable declinar.

Cesare Lombroso sostenía que este salvaje retrógrado era el criminal moderno. Lombroso combinó sus estudios anatómicos con una fe absoluta en los datos cuantitativos. La

criminología lombrosiana refleja esta fe en los números, propia de las ciencias sociales durante la última parte del siglo XIX (presente también en la economía, la sociología, en la eugenesia y la “ciencia racial”).

El temor de la degeneración había alterado los horizontes del liberalismo. El progreso, en el sentido clásico de avance económico y científico, ya no parecía suficiente para brindar una sociedad estable y segura. En 1880 el liberalismo clásico estaba en crisis. Surgirán nuevos movimientos para tratar de salvar la sociedad liberal, tratando elementos tanto del credo político socialista como del conservador. La civilización liberal moderna parecía condenarse a sí misma a la extinción. Los liberales de fin de siglo rechazaban la teoría racial *gobineana*, pero se estaban convenciendo de que el único modo de evitar una crisis era buscar soluciones que reemplazaran el liberalismo *laissez-faire*.

Una de las soluciones sería nuevamente *la eugenesia*. La alteración de las condiciones sociales del hombre podía producir un cambio en los miembros de la sociedad, salvando la sociedad de sí misma. La eugenesia examinaba el problema desde el otro lado, investigando como se podía alterar el potencial biológico del hombre para que éste pudiera vivir y prosperar en la sociedad moderna. Surgiendo como un movimiento “benigno” correctivo y progresista para solventar el deterioro fisiológico que atentaba Europa y Estados Unidos. El movimiento social reformista (higiene pública, antialcoholismo, eliminación de barriadas pobres) siempre estuvo asociado con la eugenesia. (HERMAN A 1998, pp. 115 – 170)

Conclusiones

La lista de científicos e investigaciones que convergen en la eugenesia es larga. Pero queda fuera de mi alcance poder abarcarlas todas en este trabajo. Podemos encontrar la eugenesia en casi todos los planteamientos. Ya sean planteamientos en pro del progreso o con miedo a la decadencia.

La aplicación de jerarquías implica superioridad de unos sobre otros, un determinismo extrapolable a todo lo que se considere heredable. Aunque se asuma la igualdad de los individuos y el debate de las razas quede obsoleto, siempre la tendencia a la cuantificación permitirá elaborar juicios de valor y ordenación de los individuos en escalas establecidas en base a unos prejuicios heredados casi de forma inconsciente.

Al iniciar este trabajo, mis inquietudes se centraban en indagar entorno al surgimiento de la eugenesia y sus dimensiones históricas y sociales. Pero conforme fui acumulando información comprobé que la raíz del problema estaba arraigada en sustratos más profundos y consolidados. El trabajo en sí tomó un camino propio, que se alejaba de las prácticas

eugenésicas, y se acercaba más a los planteamientos del determinismo biológico, del darwinismo social, de la cuantificación y de las jerarquizaciones.

La eugenesia conformó un movimiento ampliamente asentado en la comunidad científica de finales del siglo XIX y principios del XX y no sólo las atrocidades cometidas por la Alemania nacional socialista son las únicas causantes de su declive y “mala fama”, ni sus prácticas las única de las cuales la sociedad debe avergonzarse. Su aparición resulta obvia considerando el planteamiento de la evolución que estableció Darwin, que sin ser el primero ni tener demasiado claro de qué estaba hablado, era plenamente consciente de estar incorporando las ideas del progreso al ámbito evolutivo orgánico. Asociado todo ello con una consumada idea de jerarquización de las poblaciones humanas en razas, estaba claro que los europeos blancos (y los análogos descendientes de anglosajones en América) eran los más aptos, los más inteligentes (al fin y al cabo ellos eran los que planteaban las cuestiones y dirigían las investigaciones). Sus temores se enfocaban en impedir la degeneración, o en incrementar y consolidar su progreso. Para conseguirlo, surgió la eugenesia, sin demasiados preámbulos ni complicaciones. Darwin había basado amplia cuantía de sus conclusiones partiendo de la selección de ganado y de plantas, y es muy común encontrar alusiones de cómo los hombres seleccionaban los caracteres según sus intereses. Para la evolución del hombre, que puede ocurrir sin las directrices de la selección natural en las sociedades civilizadas, y con la influencia de la selección sexual en clases no deseables y más prolíferas, resultaba necesaria la aplicación de una selección artificial para devolverle al sendero deseado del progreso. A ésta tenemos que unir el temor de la superpoblación y falta de recursos, y para ello surgirá un movimiento proteccionista de la naturaleza para asegurar que nada se salga de los planteamientos establecidos (solo me limito a nombrarlo porque para abarcarlo correctamente requeriría la redacción de un trabajo propio, recomiendo un artículo de Vicente Casals Costa en referencia a este tema, “*De la eugenesia al ecologismo*”).

La Eugenesia sigue vigente, quizás con más fuerza que nunca aunque con prácticas más discretas y encubiertas. El debate científico se enfoca actualmente en una eugenesia individualista. Cada uno decide favoreciéndose de los avances tecnológicos, sin influencias políticas ni religiosas, o al menos en apariencia. No abogan por los bebés a la carta, pero sí en poder elegir, en detectar y prevenir posibles errores *indeseables*.

Pero hay ciertas actividades que indican que realmente el movimiento eugenésico sigue latiendo. China tiene su famoso control de la natalidad de *solo un hijo*. También son conocidos las prácticas de esterilización a indígenas en algunos centros de Sudamérica (tampoco se puede generalizar como práctica rutinaria) cuando acuden a hospitales a dar a luz, y por “malos entendidos” debidos al desconocimiento del idioma, los centros alegan y se protegen tras un *Consentimiento Informado* firmado por las embarazadas. Siguen existiendo desigualdades y jerarquizaciones, el caso más conocido quizás es el del sistema de castas hindú, en el que hay un sector de población que no está considerado dentro de la sociedad, “los *Dalits* o intocables”, según el mandato divino (sistema abolido por ley, pero todavía vigente en el colectivo por la lealtad a las clases, y por estar asociado a la religión). Y es que la religión (en sentido pluralista), sigue haciendo mucho daño en el tema de la desigualdad.

El “otrismo”, entendido como miedo y repulsión al que es diferente y no sólo en referencia a los sectores religiosos extremistas. El otrismo queda patente también en el rechazo generalista de la inmigración, su regulación mediante leyes. Los movimientos de ésta índole están en auge, como demuestra el resurgimiento de partidos políticos de trasfondo xenófobo en Europa (Alemania, Holanda, Inglaterra...) que consiguen escaños en las cámaras. A su vez, tenemos el problema de África, uno de los mayores pecados cometidos por el hombre, y la falsa premisa de escasez de alimentos, gente no tiene acceso a agua y encima son utilizados como conejillos de indias para mejorar la salud de los agraciados países civilizados, aquellos que a su vez se están apropiando de sus recursos y materias primas. (En base a esto recomiendo la lectura de una serie de tres artículos de Alfredo Embid: *Del control de la natalidad al genocidio*, donde simplícidamente, muestra quién está detrás de las programas del control de la población, y de auténticas políticas eugenésicas desarrolladas en las últimas décadas, y en las cuales he preferido no profundizar en este trabajo por no sentirme capaz de afrontar la realidad que entrañan).

Resurge el pensamiento neomalthusiano del miedo de escasez y falta de los recursos y de materias primas, así como el planteamiento catastrofista de la superpoblación es aceptada por el común. No nos planteamos que esto es lo que nos están haciendo creer, no nos planteamos quién quiere hacernos creer esto. Trabajamos para vivir y seguir en la rueda del consumismo. Somos ganado, ovejas que van en fila encaminadas hacia el precipicio. No todos tenemos el mismo valor, muchos son prescindibles, otros son más necesarios por ser los que hacen el trabajo sucio para ellos (alguien tiene que seguir trabajando para que puedan seguir enriqueciéndose y que el mundo siga girando para ellos) y por encima están los marionetistas, los titiriteros engalanados con guantes para no mancharse.

¿Qué perspectivas me aguardan ante la visión de un mundo asentado sobre los firmes pilares de una evolución que entraña un patrón de eternas desigualdades? ... La idea de irme al campo, mantener una huerta y tener cuatro gallinas cobra fuerza y me parece mucho más atractiva que la de entrar en el mundo de la supervivencia del más apto.

¿Pero qué se te ha perdido a ti en Madrid?, me decía mi madre... cuando podría estar viendo cada día, desde la ventana de mi casa, el despuntar de los Pirineos en el horizonte en un pueblo que resiste en pie, pese a los infortunios del tiempo, desde el siglo XI.

Bibliografía

- CANALES, Alejandro I. (2001) **Discurso demográfico y posmodernidad: una revisión crítica del pensamiento malthusiano**. Estudios sociológicos; vol. 19, nº 56: pp. 381 – 417
- CASALS COSTA, Vicente (2009). **De la eugenesia al ecologismo**. Biblio 3W Revista Bibliográfica de geografía y Ciencias Sociales, Serie documental de Geocrítica. Cuadernos de Geografía Humana: vol. XV, nº 851
- DARWIN, Charles R. (1880) **El Origen del Hombre. La selección Natural y la Sexual**. Formación Alcalá, Colección Recupera nº2 (2009)
- EMBID, Alfredo. **Del control de natalidad al genocidio**. Revista de Medicinas Complementarias. Medicina Holística; nº 59 (pp. 75 – 92), nº 60 (pp. 113 – 131)
- GOULD, Stephen Jay (1981). **La falsa medida del hombre**. Critica Barcelona, ed. Drakantos Bolsillo; nº 21 (2007)
- HARRIS, Marvin (1968). **El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura**. Siglo XXI de España Editores 16 ed. (2008) : pp. 100 – 117
- HERMAN, Arthur (1998.) **La idea de decadencia en la historia occidental**. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile/Barcelona
- LIPKO, Paula; di PASQUO, Federico (2008): **De cómo la biología asume la existencia de razas en el siglo XX**. Scientle Studia, Sao Paulo; vol. 6 nº 2: pp. 219 – 233
- REBATO, Esther; SUSSANNE, Charles; CHIARELLI, Brunetto (eds. 2003). **Para comprender la Antropología Biológica, evolución y biología humana**. Verbo Divino nº 82 (2005)
- SOUTULLO, Daniel (2006). **Evolución y Eugenesia**. Ludus Vitalis; vol. XIV, nº 25: pp. 25 – 42
- YÁÑEZ CANAL, Jaime (2004). **La estrategia de la Reina Roja. La Discusión Biológica sobre la Evolución y el Progreso y sus Implicaciones para la Psicología**. En “Diálogos 3: Discusiones contemporáneas en la Psicología Discusiones en la Psicología Contemporánea” Eduardo Aguirre y Jaime Yáñez (eds.). Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.